

Índice

- Exordio	9
- Prólogo: precisiones sobre epistemología	14
- Simone de Beauvoir, misoginia y mentiras para construir la mujer nueva	40
- La construcción del feminismo contra la emancipación de la mujer	58
- El patriarcado como mito	68
- Hiper-patriarcado, la herencia de la Revolución francesa, el progresismo, el anti-clericalismo y la izquierda	76
- De la Revolución francesa al Código civil español de 1889	91
- La Constitución de 1812. La abolición política de la mujer	100
- La codificación del patriarcado en la Revolución liberal	107
- La socialdemocracia y el izquierdismo, aculturación, neo-patriarcado, genocidio y feminicidio	132
- Feminismo, aculturación, políticas de culpabilización e ingeniería social	159
- En torno al matriarcado	169
- Aportaciones sobre el origen del patriarcado	177
- La instauración del patriarcado moderno. El código civil francés de 1804 y el Código civil español de 1889	200
- El patriarcado y la guerra	207
- La mujer y la revolución en la Alta Edad Media hispana	221

- Figuras femeninas del Quijote, una reflexión sobre la visión de la mujer popular en la sociedad preliberal	257
- El liberalismo y el fascismo ante la cuestión femenina	264
- La modernidad misógina	295
- Las milicianas en la Guerra Civil	347
- El rechazo del feminismo por el movimiento libertario histórico	360
- Reflexiones sobre el paso del patriarcado al neo-patriarcado	386
- NOTAS	391

FEMINICIDIO O AUTO-CONSTRUCCIÓN DE LA MUJER

Primera parte

María del Prado Esteban Diezma

Félix Rodrigo Mora

EXORDIO

“Iguala con la vida el pensamiento”

Epístola moral a Fabio

El texto que la lectora o lector tiene entre las manos aspiraba a ser, más modestamente, el primer capítulo de una inicial reflexión sobre el feminismo de Estado, sin embargo el mismo proceso de investigación no sólo hizo crecer este trabajo hasta convertirlo en un libro en sí mismo, sino que modificó sustancialmente nuestra primera percepción de un asunto que, según se materializaba como estudio y reflexión objetivo y documentado, asomaba con la inquietante fisonomía de un proyecto que solo pudimos nombrar con un término tan terrible como la realidad que encarna, feminicidio. Lo que queremos señalar con esta expresión es el proceso de destrucción de la humanidad en la mujer hoy en curso.

En su reflexión sobre la naturaleza, indivisible en su multilateralidad, del ser humano, Xavier Zubiri resalta la dimensión histórica del sujeto. La historicidad es uno de los tres pilares fundamentales de su construcción como persona, es por ello que, en el proceso de deshumanización en curso, la falsificación de la historia tiene una función cardinal. Los sucesos del pasado han sido adulterados para demostrar que la mujer ha existido en el devenir de la humanidad tan solo como víctima, como excluida y humillada, de ese modo ha quedado la personalidad femenina profundamente dañada porque, en esa narración, carece de cualquier valía, consideración, mérito y respeto por su propia acción y es, por tanto, un ser incompetente, devaluado y menospreciado.

La obligación política de creer por fe el mito de una historia exclusivamente masculina está intoxicando la psique de un gran número de mujeres que, si como hemos hecho nosotros, comenzaran a indagar en el curso del acontecer humano buscando en sus hechos verificables la verdad, descubrirían que, en los acontecimientos pretéritos, las féminas del pueblo fueron sujetos activos a favor de la libertad y el avance de la humanidad o en su contra, actuando como seres humanos con albedrío y voluntad, al igual que los hombres. Como ellos, fueron manipuladas y victimizadas por las élites de los poderosos en muchas ocasiones o se sacudieron su yugo con bravura y decisión en muchas otras.

Es observable también, cuando se recupera la huella de la realidad pasada, que el patriarcado ha ascendido con el crecimiento del Estado y ha disminuido con la resistencia popular al mismo, por lo que los oprimidos aparecen tanto como víctimas del mal político como de sí mismos o, en algunas ocasiones, artífices de su dignidad y libertad, lo que es una verdad acreditada para las mujeres y los hombres. Eso nos sitúa como sujetos de la historia y no como meros peles en manos de fuerzas imbatibles. También hemos podido penetrar en el meollo de la realidad presente de la mujer que no es, como se insiste, la de su manumisión del patriarcado y el progreso de su libertad sino la de un nuevo constreñimiento más perfecto que el anterior y una neo-domesticidad o encierro existencial más embrutecedor que el que conocieron sus antepasadas a lo que hemos denominado neo-patriarcado.

Tal es la principal conclusión del libro que el lector o lectora comienza, que no se apoya en definiciones de la totalidad de la historia humana ni en verdades universales como las que propaga el sexismo político violando las más elementales reglas del conocimiento positivo y concreto de lo real. No es tampoco una historia narrativa, hemos elegido algunos momentos de ascenso y declinación del patriarcado para entender, a través de ellos, la verdadera realidad de la mujer del ayer. Es, sobre todo, un esfuerzo por recuperar la memoria como valiosísimo material para reconstruir la identidad femenina en su realización histórica, descifrarla en la hora presente y proyectarla libre y conscientemente en el futuro.

La imagen deformada del pasado en que se obliga a vivir a la mujer produce una rotura fenomenal en su dimensión humana. La negación de la tradición, que es la materialización de la experiencia histórica, el saber, los valores y las prácticas de las clases preteridas ha dejado a las féminas ajenas

a las elites del poder, vaciadas de forma trascendental, impelidas a escupir sobre sus ancestros, avergonzadas de sí mismas, frágiles, desarraigadas y confinadas en la mayor soledad, la del vacío interior.

La confusión, la inseguridad y la parálisis son el desenlace más frecuente de este proceso; la mujer está desapareciendo de las acciones de resistencia a la opresión, porque no es capaz de distinguir entre la libertad y la esclavitud, de la brega por la recuperación de la vida social dañada, porque está obligada a ver a los hombres que son sus iguales como enemigos, del quehacer intelectual en pro de la verdad, porque vive sin libertad de conciencia y, por todo ello, de la tarea de explorar e imaginar los fundamentos de una revolución social positiva. Así, está en trance de desaparecer —ahora realmente— como agente activo de la historia. Si la mujer se anula como parte de la comunidad humana horizontal, en un proceso que conduce desde la paralización y la desustanciación hasta el desmoronamiento psíquico (y físico), el pueblo desaparecerá como sujeto colectivo histórico con un proyecto de civilización diferente y superior a la estatal-capitalista, quiere decirse que el Estado tendrá por delante un luminoso porvenir y las personas bajo su dominio un futuro espantable.

Lo que aúna todos los análisis parciales que presentamos es la conciencia de que la historia no está predestinada y que el futuro no depende de potencias ciegas o automatismos sociales sino que es una sucesión de encrucijadas cuyas posibilidades se realizan por la acción electiva del sujeto histórico. Es pues la acción, con conciencia y albedrío, de la mujer la que materializará alguno de los posibles desenlaces de su situación presente. Puesto que la mujer es sujeto de su propio destino será responsable de la consumación del feminicidio y de la conversión del pueblo en populacho si no acepta la carga de su propia emancipación, eso significa que no debe volver a mirarse a sí misma ni permitir el ser mirada como víctima de la historia sino como participante activa que, si en muchas ocasiones ha sido y será abatida o arrollada por la potencia de las fuerzas del Estado, tiene, entre sus posibilidades, la de ganar la libertad como libertad para el conjunto de la sociedad.

Por eso no encontraréis en este texto la retórica aduladora con la que el poder seduce a las mujeres, atrapándolas en el narcisismo más infantil, para que deleguen su futuro en las elites de los poderosos y poderosas y sus servidores. Por el contrario, hemos intentado ser objetivos aunque ello sea

doloroso, pues la autoconstrucción femenina no puede ser realizada sino desde el juicio y la autoevaluación imparcial, lo que requiere personalidades fuertes y enérgicas capaces de elevarse y superarse de forma trascendente.

Sabemos que ésta es tan sólo una primera e inicial reflexión sobre asuntos cuya complicación y dificultad nos superan por el momento, deseamos que sea usado como punto de partida, como herramienta para, desde la reflexión colectiva, la crítica, el desarrollo y la mejora de lo que aquí se expone, reedificar la poderosa personalidad femenina que se necesita para hacer frente a esta época de catástrofe civilizatoria.

Para terminar hemos de aclarar que, puesto que los autores somos mujer y hombre hemos hablado siempre de la mujer en tercera persona. También acordamos usar el término “feminismo” en sentido general aunque sabemos que existen corrientes diversas. Como resultado de la investigación y el conocimiento que hoy tenemos nuestra decisión es situarnos fuera de las corrientes feministas, aunque reconocemos que encontraremos acuerdos sustantivos con un cierto número de personas que se adscriben o se definen desde ellas.

En la segunda parte, todavía en fase de investigación y reflexión, abordaremos con más hondura asuntos que en esta apenas quedan esbozados pero que son cardinales para comprender la realidad del neo-patriarcado como sistema de la hiper-opresión y deshumanización de la mujer y, con ella, de toda la sociedad.

Pondremos en discusión, a través de una investigación lo más minuciosa posible, la emergencia del Estado feminista entregado a triturar la relación entre los sexos a través de la ley y de la ilegítima creación de la conciencia social. Los proyectos de desestructuración y desorden de la feminidad y la masculinidad, su intervención por parte del poder que impide la construcción autodeterminada y libre de la personalidad sexuada humana. La emergencia de la nueva cárcel femenina como reclusión neo-doméstica de la mujer en el salariado, la universidad y los “asuntos de género”. La función política, personal e histórica del amor y el desmoronamiento actual de la vida afectiva y los vínculos sociales. La prohibición de la maternidad y la paternidad y la imposición de la biopolítica del Estado. El acoso al sexo libre que en el presente se dirige ante todo al heterosexual pero que se encamina a la aniquilación de todo contacto libidinal no mercantilizado y regulado. La persecución de las instituciones naturales y horizontales de la convivencia

humana como la familia -que es hoy el último resto de lo que fue una trama de vinculación social compleja y plena- que desaparecerá para que asciendan las nuevas organizaciones de encuadramiento del infraindividuo futuro: ejército, empresa y organismos burocráticos.

Nuestra idea básica es que estas cuestiones pertenecen al rango de los grandes problemas humanos que, por ello, trascienden las ideologías y partidismos y que su remedio requiere de la confluencia de muchas corrientes de pensamiento en pos de la rehumanización y recuperación del sujeto histórico capaz de superar la fractura entre los sexos para poder pensar en una sociedad sin Estado, una tarea que solo será posible si la mujer es sujeto participante de forma plena.

Si, como dice Séneca, “*solo en la adversidad se hallan las grandes lecciones del heroísmo*”, hoy estamos en la mejor disposición para recuperar la mujer heroica capaz de emerger desde las ruinas de la sociedad presente para regenerar la vida como vida humana.

El Robledo, marzo de 2012

PRÓLOGO: PRECISIONES SOBRE EPISTEMOLOGIA

*“El alma humana tiene necesidad de
verdad”*

Simone Weil

*“Quien controla el pasado controla el futuro,
quien controla el presente controla el pasado”*

George Orwell

En el encabezamiento de uno de sus libros, “Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social”, Simone Weil coloca una cita de Spinoza, “*en lo que concierne a las cosas humanas, ni reír, ni llorar, ni indignarse, solo comprender*”, seguida de otra de Marco Aurelio que lo al “*ser dotado de razón*”, concepto éste utilizado no como sinónimo de racionalismo (esa epistemología negadora de la experiencia y la práctica, los elementos epistémicos decisivos), sino en

tanto que referencia a lo que es propio y específico de los seres humanos, mujeres y hombres, el pensar. Tal facultad innata, hoy puesta en peligro por los aterradores avances de los procesos deshumanizadores en curso que intentan privar de ella al ser humano, en particular a la mujer, es el elemento primero y principal para alcanzar la emancipación integral de las féminas.

Sin la verdad concreta y finita, dimanante de la interrelación entre la psique y la realidad, fusionadas en lo experiencial (que exige una implicación total del ser humano en el acto cognoscitivo, no sólo psíquica), no es hacedera la liberación del ser humano, mujer y varón. Por eso está acertado Kafka cuando apunta que *“es imposible vivir sin verdad. Quizá la vida y la verdad sean lo mismo”*. Pero hoy el aparato institucional y empresarial se afana en demoler la noción de verdad, a fin de realizar mejor su voluntad insaciable de poder, privando a las clases sometidas de tan fundamental herramienta¹.

Esa concentración en comprender y conocer, en tener una visión lo más exacta y fundamentada del mundo, de la vida social y del ser humano, por tanto, en determinar qué es la verdad posible en cada cuestión concreta, ese poner por encima de todo la verdad como gran y decisivo valor-meta, es lo que hizo de Simone Weil, no sólo una mujer admirable sino además una de las grandes mentes pensantes del siglo XX. En “La condición obrera”, uno de los varios trabajos en que expone lo aprendido en su época de proletaria en una gran factoría, enfatiza que lo más aborrecible que hace el régimen de fábrica con las trabajadoras y los trabajadores es imponerles unas condiciones productivas que les fuerzan, sin distinción de sexos, *“a no pensar”*.

El cercenamiento de lo que es sustantivo y decisivo del ser humano le parece a Simone Weil, por sí mismo, motivo para repudiar rotundamente el trabajo fabril y el régimen salarial en su totalidad. Por el contrario, el feminismo preconiza que el salariado “libera” a las mujeres, lo que viene a decir que la mujer “emancipada” que ofrece como modelo es un ser lobotomizado, un autómatas que produce para el capitalismo y el Estado, asunto en que se manifiesta el carácter cerradamente pro-capital del feminismo. Su proyecto neomisógino, que establece las nuevas condiciones para sobre-oprimir y aniquilar a la mujer como ser humano y mujer (feminicidio), tiene sus cimientos y base primordial en la extirpación por múltiples vías, que luego se mostrarán, de las capacidades pensantes y reflexivas de las féminas, en primer lugar, el aprecio y devoción por la verdad.

Es significativo que Simone Weil se dotase de una cultura básica muy

amplia, necesaria para construir la base pre-política del ser humano, sin la cual no se puede ser persona. Por eso lee a los filósofos y pensadores más destacados de Occidente, los reflexiona, comprende y extrae de ellos, con el pertinente espíritu crítico, lo mejor. Lejos de dejarse encerrar en los feminicidas manuales y catecismos adoctrinadores “para mujeres”, supo elevarse a las cumbres más altas del pensamiento y el saber, sin dejarse manipular por demagogias sexistas. De ese modo mostró cuál es la vía de la emancipación femenina.

Con todo ello se autoconstruyó como mujer-ser humano múltiple y plural, que, además, se compromete con la revolución. Por ello participa en nuestra guerra civil uniéndose a la columna Durruti, lleva una existencia rigurosamente moral, ascética y entregada al servicio del otro, se enrola en la Resistencia antinazi y escribe sobre arte, historia, política, economía, condición obrera, filosofía, religión y otras varias materias más, no siempre con acierto pero sí a menudo. Así se hizo una persona admirada, querida y respetada, a la que muchos hombres acudían en busca de orientación y consejo (basta leer la parte de su correspondencia publicada para comprobarlo), dado que la tenían por mejor y superior a ellos, lo que manifiesta hasta qué punto supo, con su vida limpia, entregada a la gran causa de la verdad y esforzada, asestar un golpe demoledor a la misoginia cotidiana.

Todo eso lo hizo, también, porque se mantuvo alejada de la sinrazón feminista, a la que dedicó un desdén práctico continuado. En efecto, no se dejó encerrar en el presidio de “los problemas de las mujeres” ni menos aún en la autodestructiva cárcel del odio androfóbico, que aniquila psíquicamente, repudiando la demagogia, la mentira, el fanatismo, el espíritu burgués y la anticultura de aquélla. Por eso fue sabia, buena, inteligente, no sexista, revolucionaria y libre.

El libro que la lectora o lector tiene ante sí está hecho, en lo metodológico o epistemológico, siguiendo los procedimientos de Simone Weil, en varios aspectos, no sólo en los ya tratados. Otro más, decisivo, es el aprecio que tuvo por la experiencia directa, por los hechos y la realidad, como reflexión sobre la práctica personal y también social, mostrándose siempre abierta a entender el mundo desde la vivencia de los otros, escuchando, aprendiendo y compartiendo. Superó el estrecho universo de las teorías y los libros, poniéndose en marcha para conocer por propia experiencia aquello que la interesaba comprender con objetividad. Por eso se hace trabajadora manual

en una gran fábrica, para estar al tanto de manera directa de la condición obrera. Por eso marcha al campo y se hace una con los jornaleros y jornaleras. Por eso convierte su existencia en una coyunda fecundísima entre lo mejor de la cultura occidental y el compartir reflexivamente la vida del pueblo, mujeres y varones, aprendiendo de ellas y ellos.

Un texto de interés enorme en lo epistemológico es el ya citado, “Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social”. En él realiza una crítica no completa pero sí sobremanera inteligente del marxismo. Y lo hace como se debe, apuntando aquellos elementos de la realidad que no encuentran encaje en la teoría marxista, doctrinaria y especulativa hasta el empacho. En vez de engolfarse en disputas sectarias y rifirrafes dogmáticos, se centra en su refutación experiencial una cuestión tras otra. Frente al doctrinarismo (idealismo epistemológico) de Marx levanta la bandera de la experiencia, de la realidad, de los hechos, otorgando al saber fáctico la centralidad que ha de tener en todo proyecto de conocimiento reflexivo que pretenda aprehender lo real.

Diremos, antes de seguir, que Simone tiene una concepción naturalista de la noción de verdad, sin dejarse llevar a logomaquias teóricas, dado que la concibe como la coincidencia suficiente entre lo pensado y la realidad. Esa es la nuestra y con ella hemos construido el libro. La experiencia es la fuente principal de conocimiento y el meollo de la verdad, mientras que las teorías son construcciones manipulativas encaminadas por lo general a anular la libertad interior, o de conciencia, de las personas, haciéndolas seres cautivos en el pensar tanto como en el actuar.

Las tres nociones claves en lo epistemológico y, por extensión, en la totalidad de la existencia humana, en tanto que humana, son realidad, experiencia y verdad².

La realidad, lo que es y existe en sí y por sí, está por encima de cualquier creencia, fe o teoría, por muy “emancipadora” que ésta sea o parezca ser o alguien diga que es. La experiencia es la práctica humana que proporciona saber cierto y confirma o refuta asertos y formulaciones. La verdad, en sí finita, incompleta, impura y proceso sin fin, sólo se hace asequible a las mentes que valoran la realidad y el actuar humano.

Lo que primero resalta, al entrar en la vastísima literatura feminista es su

casi completa ausencia de bases fácticas y su universal falta de rigor. Es un torrente de verborrea ampulosa e hiper-agresiva realizado con intenciones manipulativas en el cual la verdad no cuenta, ni como punto de partida (voluntad de verdad) ni como meta. Frente a tan enorme masa de asertos sin fundamento de poco vale su refutación puramente verbal, pues el quid es mostrar que la realidad del pasado y el presente es diferente, es otra, a como aquél la presenta.

A la autora y al autor nos sorprendió, para comenzar, el modo puramente irracional como aparece el patriarcado en la metanarrativa “de género”. Sin hacer ningún estudio previo serio de sus modalidades concretas en la historia, es reducido a un vocablo de manipulación y agresión, que se rellena en cada situación de lo que más interese, con fines de trituración del varón y victimización de la mujer, de logro de poder y prebendas económicas. Dado que el patriarcado se presenta como una consecuencia inevitable del sistema cromosómico y hormonal del varón, ¿para qué hacer más averiguaciones si la cuestión es tan simple y tan fácil, además de tal útil para los y las feministas profesionales?

Pero, si lo hormonal es el todo, ¿cómo explicar que el principal teórico del feminismo español sea un varón, Miguel Lorente Acosta, que fue delegado del gobierno para la violencia de género bajo el gobierno del PSOE? Y ¿cómo entender que el texto legal “emancipador” por excelencia de las féminas, la neofranquista y exterminacionista Ley de Violencia de Género de 2004, fuese promulgada por unanimidad en un parlamento mayoritariamente masculino? Estas rudísimas incoherencias, y muchas otras, sólo pueden ser salvadas por los feminismos exigiendo a sus fieles la fe del carbonero. La fe, el fanatismo y el principio de autoridad, no el saber fundamentado, son lo propio de todas las religiones políticas.

Hemos investigado las causas políticas, culturales y económicas del patriarcado, es decir su existencia real, frente a la interpretación somática que hace el sexismo político, calcada de las teorías raciales nacional-socialistas. Ese fundamento doctrinal fascista del feminismo biologista explica también la enorme significación que en él tiene el folleto de la nazi-feminista y exterminacionista Valérie Solanas titulado “Manifiesto SCUM”, inspirador de la Ley de Violencia de Género.

Es bien difícil encontrar un texto feminista que, por ejemplo, entre en el estudio de lo obvio, que el patriarcado contemporáneo en lo que se

llama España proviene del Código Civil de 1889. Éste fue elaboración de un parlamento elegido por sufragio restringido, el cual excluía de toda participación política, incluso formal, al 95% de los varones y al 100% de las mujeres, de manera que ni siquiera en ese sentido, tan insustancial, puede ser obra “de los hombres” en general, pues lo fue sólo de una minoría de varones de las clases altas. Analizar esto es la vía hacia una comprensión objetiva y fundamentada del patriarcado, pero a ello se niega rotundamente el feminismo, que necesita de lo irracional, puesto que medra explotando despiadadamente las emociones negativas de las mujeres, victimismo obsesivo, temor pánico y odio convulsivo, y de los varones, sentimientos de culpa, vergüenza de sí y necesidad angustiosa de expiación.

Así las cosas tuvimos que hacer un complejo, largo y duro trabajo de investigación fáctica, atórica y puramente experiencial de lo que realmente ha sido y es el patriarcado.

Enorme importancia tiene demostrar que no hay misoginia en nuestros fueros municipales y cartas de población de los siglos IX-XIII. Nos hubiera gustado citar muchos más de estos documentos pero no es posible por motivos de tiempo y espacio, así que nos hemos limitado a unos pocos. Esto nos llevó a inquirir en la naturaleza no sexista del cristianismo revolucionario, asunto bastante menos innovador, ya que es sabido desde siempre que fue en gran medida un movimiento de mujeres, además de esclavos, libres pobres y otros oprimidos por el aparato estatal romano.

Similar función tienen las novedosas reflexiones sobre la imagen de la mujer en *El Quijote*, que expresa cuál era la vida de las féminas en los ambientes populares en el siglo XVI, lo que contribuye a refutar la idea central del neomachismo feminista, que el patriarcado está en el mundo popular desde siempre y que sólo puede ser desalojado de ahí por el Estado. O dicho en plata, que sólo la represión judicial y policial a gran escala de los varones de las clases populares, que según tales soflamas son atávicamente machistas, violadores, agresores y asesinos de mujeres, puede garantizar la seguridad de éstas. Que tal interpretación es rigurosamente falsa se desprende de los datos aportados.

Lo mismo significan los muchos estudios particulares que ofrecemos, bien documentados y contrastados, sobre la condición real de las mujeres en la extinta sociedad rural popular tradicional, viva hasta hace sólo unos pocos años. Lo que el feminismo arguye sobre el mundo rural, sin aportar pruebas

y atropellando lo expuesto por las mujeres que en aquél han vivido, es una expresión más de la inquina de la modernidad estatal, urbana, tecnológica y capitalista contra él, incluso cuando ya ha sido no sólo vencido sino también aniquilado.

Todo apunta a que es la modernidad, el progresismo y el Estado contemporáneo, estatuidos aquí por la Constitución de 1812, los que han establecido el patriarcado y el machismo contemporáneos. Lo prueba la inclemente misoginia emergida de la revolución francesa, referencia y guía de la modernidad mundial. En investigar este asunto hemos invertido bastante tiempo, mostrando las disposiciones anti-femeninas decisivas de dicha revolución, lo que es ocultado por casi todo los estudios sobre ella. Tales fueron recogidas en el Código Civil francés de 1804, aún hoy vigente aunque modificado.

Que la modernidad, el progreso, el desarrollo económico y el Estado de bienestar son causas de misoginia queda avalado por el hecho de que hoy son los países nórdicos donde es mayor la violencia contra las mujeres, como muestran las estadísticas.

Hemos estudiado la principal denuncia de la misoginia, estructural y teorizada, de la revolución francesa, la “Declaración de derechos de la mujer y la ciudadana”, 1791, obra de esa valerosa e inteligente mujer que fue Olimpia de Gouges, guillotizada por el republicanismo jacobino a causa de sus imputaciones.

Hemos indagado la ideología anti-femenina del republicanismo español, así como de la izquierda (excluida CNT), concluyendo que la forma como concebían a las mujeres era más degradante, que la de la derecha y la Iglesia, lo que ayuda a explicar que aquéllas apoyasen, en 1936-1939, más al franquismo que a la causa republicana. El análisis atóxico ha desvelado algo decisivo, que el feminismo actual, de tipo izquierdista (el PSOE es el principal partido feminista de España), es la versión neomachista del machismo propio de esa ideología antaño.

Por tanto, es seguro que no es de los varones de las clases populares de donde ha emergido el machismo sino de las instituciones del Estado, de la modernidad toda, del Código de 1804 y de su copia española, el de 1889, ya citado, así como de los partidos, los progresistas e izquierdistas sobre todo. No es el pueblo el reservorio de machismo ni de neomachismo sino las

instituciones de la modernidad: ése ha sido nuestro gran hallazgo.

No menos decisiva ha sido la exploración de la función que inmensas masas de mujeres han tenido en el mantenimiento del patriarcado. No ha sido fácil seguir la pista a la activa participación de aquéllas en la victoria del régimen franquista en la guerra civil, con poderosas agrupaciones de féminas fascistas actuando en la retaguardia republicana, asunto estudiado en monografías innovadoras como la de Sofía Rodríguez López, y en otros textos.

Si el franquismo contó con el apoyo entusiasta de una multitud compacta de féminas organizadas, convencidas y entusiastas que puede cuantificarse en más de un millón, sin las cuales no hubiera ganado la guerra, es legítimo concluir que las mujeres, lejos de ser sólo víctimas del patriarcado son también sus co-autoras y co-mantenedoras. Esto desautoriza el discurso victimista y la pretensión feminista de que sean compensadas ahora con privilegios (discriminación positiva) por padecer el patriarcado sin cooperar con él.

Así pues, cuando conocimos la interpretación de Gerda Lerner sobre los orígenes del patriarcado, que asigna co-responsabilidad a las mujeres en su emergencia hace milenios, lo admitimos de buena gana, dado que coincide con nuestras investigaciones.

El patriarcado aparece en el análisis ateorico como un régimen político, y también económico, cultural, relacional e ideológico, destinado al control y la dominación política de las mujeres por procedimientos singulares, creado históricamente por los Estados, dejando de ser consecuencia de la perfidia masculina y la incapacidad femenina. Nótese que la explicación feminista, al asignar a las mujeres un papel totalmente pasivo y subordinado, de meras víctimas, es una reinterpretación ideologizada de la historia conforme al machismo más rancio. Es observable igualmente, que los hombres no resultaron beneficiados por ese sistema, pues sus privilegios fueron formales y sus obligaciones, como soldados y productores, ásperas e inhumanas.

Hemos demostrado que el patriarcado no es un sistema homogéneo e idéntico a lo largo de la historia porque ha sido el resultado de una trama de circunstancias entre las que la resistencia que han opuesto las clases populares, las mujeres y los hombres, a su existencia es un elemento fundamental. Los momentos de mayor ascenso de la sociedad patriarcal se

corresponden con los de declinación de la oposición auténtica por parte de los y las oprimidos por él.

Nuestras investigaciones evidencian la función activa y determinante, para bien y para mal, que las mujeres han tenido en todo el acontecer humano. Así, resultan pensadas y presentadas como seres humanos integrales, lo que ha sido su auténtica existencia histórica.

Las exploraciones sobre la mujer y el anarquismo en la guerra civil han hecho aflorar el carácter descarnadamente misógino de las organizaciones feministas operantes en el bando republicano, de manifiesto en el decisivo asunto de las milicianas, estableciendo cuál fue la verdadera posición del anarquismo ante el feminismo y la liberación de las mujeres. También ha sido de notable importancia para entender qué es el patriarcado el análisis de la I Guerra Mundial, como momento de ruptura entre los intereses estratégicos de los Estados y del gran capital con el viejo orden patriarcal, que llevará tras la II Guerra Mundial al desarrollo de la nueva forma de opresión, marginación y deshumanización de las féminas, el neopatriarcado. También se incluye el esbozo de una historia del feminismo.

Nos costó mucho trabajo reunir los datos, y más aún entenderlos, que muestran el qué y el cómo de la transición del viejo al nuevo patriarcado, el actual, al que el feminismo presenta como situación idónea y gran logro, con el Ministerio de Igualdad (luego Secretaria de Estado) en sus manos, lo que significa que hoy el Estado, por tanto el capital, se ha hecho feminista. Hemos examinado los diversos proyectos biopolíticos que las instituciones han ido fraguando en los últimos doscientos años, centrando la investigación en el actual, que prohíbe de facto la maternidad, lo que incluye una satanización del sexo heterosexual en general y el reproductivo en particular, haciendo obligatorios la homosexualidad y el lesbianismo como paso previo a la trituración de toda actividad sexual libre y la emergencia de un sujeto dado, bien al celibato, bien al sexo mercantilizado y deshumanizado, en lo que hay muchísimo de la más tosca biopolítica.

Asimismo son de utilidad, creemos, los estudios que nuestro libro aporta sobre la mujer y el ejército hoy, su “emancipación” por el trabajo asalariado, la incorporación masiva, por encima de los varones, a la universidad, el significado real de la Ley de Violencia de Género y el preocupante asunto de la violencia sexista, la actual feminización del Estado, la emergencia de una nueva burguesía feminista y los atentados a la libertad sexual junto con